

La corrupción

Un modelo universal

Julián Sanz Pascual



2016

Patrocinado por



La corrupción. Un modelo universal.

© 2016, **Julián Sanz Pascual**

© 2016,  **ACTA**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Se autorizan los enlaces a este informe.

INTRODUCCION

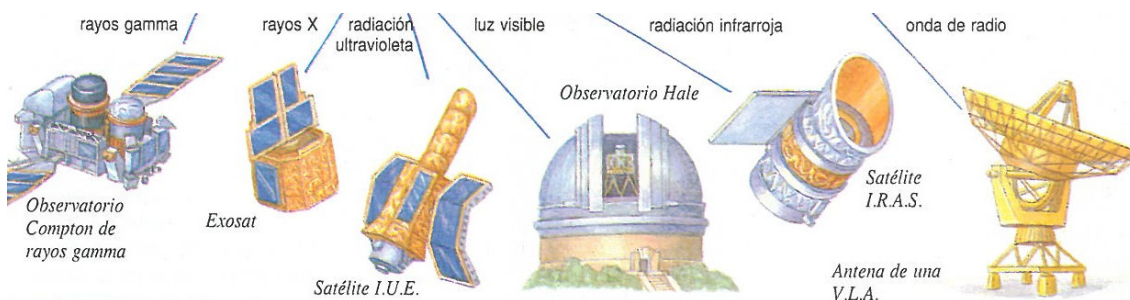
La corrupción es un tema que hoy está muy en el candelerero político. Nosotros nos hemos ido a la naturaleza y nos hemos encontrado con la sorpresa de que también ahí se da la corrupción, y no en grado menor. No es que la naturaleza no sea seria y no se la pueda seguir con una ciencia seria, sino que ocurre lo que con el lenguaje ordinario, que, así que te descuidas un poco, te encuentras con que te partes de risa por las contradicciones en que incurre. Basta un conocido chiste: "A un señor le preguntan: '¿A usted le *gustan* los niños', y el señor responde: 'Sí, sí, yo *como* de todo". Sin darnos cuenta, te pone a un niño en la misma bandeja que las castañas asadas.

Con respecto a las leyes de los hombres, la corrupción es necesaria desde el momento en que no existe la posibilidad de llegar a una que sea absolutamente perfecta, la que nos permitiría alcanzar la realidad perfecta o cerrada, lo que a su vez equivaldría a la realidad no real, lo que resulta absurdo. En el caso de la vida, su perfección no sería otra cosa que la inmortalidad, la imposibilidad de morir, un estado que sólo se alcanza con la muerte. En efecto, la perfección o acabamiento de un ser vivo no sería otra cosa que la inmovilidad definitiva de todas sus partes, al menos de su conjunción orgánica, lo que equivale a decir su muerte. Esta idea está recogida en nuestro lenguaje más común. Así, cuando se habla de una situación límite de posibilidades venturosas y de felicidad, no es infrecuente escuchar este aparente sinsentido: "Después de esto, sólo queda morir". En efecto, más allá de la felicidad absoluta sólo hay la más absoluta inmovilidad, que no es otra cosa que la muerte. La conclusión es que la vida sólo es vida cuando es imperfecta, cuando no está terminada, cuando permanece abierta a nuevas creaciones de realidad, lo que hace que sean posibles nuevas *corrupciones*, las que se convierten en su más pura esencia, en su única posibilidad de perdurar, es decir, de seguir siendo vida. Los latinos ya recogieron esta idea en una frase lapidaria: "*Ex perfecto nihil fit*" (De lo perfecto nada se hace)

La corrupción referida a la conducta del hombre en relación a sus propias leyes, se puede considerar como un modelo universal, aplicable a todo bicho viviente, incluso a todos los objetos físicos, incluidos los de la ciencia más eximia, los de las matemáticas, los más inmóviles a primera vista, pues son o pueden ser los más puramente ideales.

EN LA FÍSICA

Mas vamos a comenzar por la que entendemos como la ciencia más material, la que tiene sus objetos más al alcance de nuestros sentidos en la medida en que nos parecen los más inmóviles, la ciencia que podemos considerar por tanto como la más objetiva, la física, la que hoy estudia los objetos de la naturaleza inanimada tal y como son o como suponemos que son, sin modificación alguna por parte del observador, al menos en principio, la que suponemos permitiría unas formulaciones más inmóviles, más geométricas o espaciales, las que más alejadas estarían de la necesidad y de la posibilidad de cualquier clase de *corrupción*.



LA PRIMERA HISTORIA

La física como saber de objetos formulables y ya con alguna consistencia científica, históricamente se puede pensar que comenzó en el siglo VII a. de C., siendo el objetivo básico de la filosofía más originaria, cuyo primer cultivador de nombre conocido fue Thales de Mileto. Este singular filósofo inauguró lo que se ha llamado la filosofía de la *physis* (*physis* = naturaleza), la filosofía de la naturaleza. Esta nueva orientación del pensamiento, por no decir de lo que entendemos como nuestra cultura occidental, partía de la convicción de que las cosas no

ocurren por la voluntad de los dioses como suponían los mitos, sino por necesidad; entonces, para prevenir los acontecimientos no hay que ir a los templos o a los santuarios a preguntar a los adivinos o arúspices, sino que hay que ir a la naturaleza para interrogarla a ella misma, lo que constituye el principio básico de la ciencia en el sentido más moderno del término, al menos tal como lo entendemos nosotros hoy. A esto hay que precisar que aquellos asombrosos griegos no se contentaron con ir a *las cosas de la naturaleza*, sino que apuntaron mucho más hondo, y fueron a *la naturaleza de las cosas*, lo que es tanto como decir a lo que entendieron como su *esencia*. Y pensaron que esta *esencia*, lo que son las cosas, lo podían encontrar buscando dentro de ellas mismas, en un componente que se podría observar, y aún *aislar*, el que las haría ser lo que son.

A primera vista, parece que así va a quedar expedito el camino de todas las posibilidades del saber sobre cualquier objeto físico. Sin embargo, si a este saber de la física pretendemos seguirle la pista histórica, descubrimos que, desde los primeros momentos, en la ciencia quedó instalada la contradicción, pues esos filósofos de la *physis* no fueron capaces de ponerse de acuerdo sobre cuál podría ser ese supuesto elemento primario que constituía el ser o esencia de las cosas, el que llamaron *arjé* (ἀρχή): principio, origen y causa de todo. Así, mediante diferentes razonamientos que aquí sería largo y complicado de exponer, además de poco interesante ya, mientras que Thales afirmó que el *arjé* de todas las cosas era el agua, Anaxíandro afirmó que era el *ápeiron*, lo indefinido; y mientras Anaxímenes dijo que era el aire, Heráclito posteriormente afirmó que era el fuego. Esta es una teoría que se ha llamado monista. Más adelante, Empédocles abandonó el monismo y pasó a una teoría pluralista, y añadió un elemento más, la tierra, proponiendo los cuatro clásicos elementos: agua, aire, fuego y tierra. Parménides volvió al monismo, pero dio una solución absolutamente abstracta, y dijo que el *arjé* era el ser, mientras que Demócrito afirmó que eran los átomos, el viejo atomismo, que ha sobrevivido hasta hoy, bien que desnaturalizando la idea originaria de *átomo*, que significa no divisible, pues ya se admite que el átomo está constituido por partículas subatómicas, lo que es tanto como pasar del *átomo formal* al *átomo real*.

El descubridor o el primer estudioso de esta flagrante contradicción fue Heráclito de Éfeso, llamado también el *Oscuro* (540-470 a. C.). Su respuesta fue el célebre *panta rei* (παντα ρει), todo fluye, todo pasa, nada es, y con su observación de que en la naturaleza todo es lucha, lo que es tanto como admitir que en la naturaleza hay un dinamismo imparable, proponiendo como analogía las aguas de un río, que están en continuo movimiento, de manera que no nos permiten que nos bañemos dos veces en la misma agua. El hecho general fue que aquellos filósofos de la *physis*, el problema que se plantearon fue dar razón de lo que son las cosas, y la respuesta la pensaron encontrar a partir de su análisis, es decir, horadando en el interior de las cosas mismas y pensando que por ese camino iban a encontrar un elemento primario que les iba a dar razón de ellas, el *arjé*. La idea parecía luminosa, pero ni en aquellos tiempos, para nosotros hoy tan primitivos e inocentes, fueron capaces de ponerse de acuerdo sobre cuál podía ser ese *arjé*, ni siquiera hoy cuando parece que estamos siendo capaces de horadar hasta lo más hondo, hasta desmenuzarlo todo, llegando a la partícula más última y definitiva, la que ya sería indivisible. Hoy la moderna *nanociencia* constituye un desafío en este sentido. Anoto, por ejemplo, los *fonones*, responsables como se los supone del transporte del calor en los sólidos cristalinos.

EL ESPACIO Y EL TIEMPO

La historia de la física desde entonces hasta hoy mismo es la historia de sus contradicciones. A partir de la idea atomista del siglo V a. C., la primera dificultad estuvo en si sólo hay átomos o si también hay vacío. En la terminología de Parménides, contemporáneo de los atomistas, se planteó el problema en términos más abstractos, los de *ser* y *no ser*. Él afirmó que sólo el ser es y el no ser no es, lo que parece una perogrullada. También afirmó que todo es continuo, pues lo ente toca lo ente. Mas volviendo al atomismo, ya en un planteamiento más intuitivo, parece evidente que además de átomos ha de haber vacío si queremos que éstos se puedan mover. Hoy no sólo se acepta que haya vacío entre los átomos, sino aún dentro de los mismos átomos, lo que es necesario para que las partículas subatómicas igualmente se puedan mover. Y este vacío es el *espacio*, objeto de una de las ciencias más espléndidas hoy, la geometría. Pero es que el movimiento exige también otra noción de primera magnitud, el *tiempo* del que se ocupa la aritmética. Mas lo que nos interesa señalar aquí de cara al objeto de la *corrupción* que pretendemos estudiar es que se trata de cuestiones intelectualmente muy conflictivas, y eso que a ellas se han dedicado a lo largo de la historia las que suponemos mentes más brillantes de la humanidad. O a lo mejor ha sido por eso.

LA MATERIA OSCURA

Por venirnos a los temas más al día, seguramente todos hemos oído hablar de algo tan misterioso y tan oscuro como la **materia oscura** (1). Para que lo pueda entender cualquier persona medianamente interesada por la

ciencia, de lo que se trata de descubrir es de qué materiales ha de estar constituido el espacio, lo que aquellos admirables griegos llamaron el vacío, y esto al objeto de poder explicar ciertos fenómenos observados en la naturaleza hoy ya a escalas supergalácticas, fenómenos que no se pueden explicar, según los astrofísicos más al día, en la pura vaciedad. Como primera conclusión para el tema que aquí nos hemos propuesto, el de la *corrupción*, parece bien claro que la historia de la física y la de la filosofía es una sucesiva corrupción, pues no hay manera de encontrar un saber que esté mínimamente asentado, que "*esté debidamente compuesto*", de modo que sobre él se pueda edificar algo consistente, algo que nunca se tambalee en cuanto se le toque un poco la tripa.

LA RAZÓN DE LAS COSAS NO PUEDE ESTAR SÓLO EN LA MATERIA

A mi modo de ver, que no paso de ser un modesto filósofo, nos enfrentamos a un error que la física y otras ciencias llevan siglos arrastrando, por no decir milenios, y es que la razón de todas las cosas la vamos a encontrar sólo en la materia: en algo físico, concreto y *tangible* que ha de estar dentro de ellas. Esto ha culminado ya en la modernidad con Albert Einstein en su celeberrima fórmula que identifica materia y energía: $E = m \cdot c^2$, entendiendo *m* como *masa*, que ha de tener alguna densidad. Esto es aceptable para una mentalidad *analítica*, que es la que ha dominado y aún domina en la ciencia, pero no para una mentalidad *sintética*, que es en la que este autor lleva moviéndose desde hace muchos años, y esto para sacar adelante su sentido de la realidad, la que le da su filosofía. Ésta mentalidad *sintética* nos inclina a pensar que la energía que se genera no depende sólo de la *masa*, sino sobre todo de la *realidad* en la que se resuelven todas las partes con masa de cada objeto, es decir, en las diversas relaciones que se puedan establecer con los mismos elementos materiales primarios. En este caso, no es necesario que el espacio o vacío tenga materialidad alguna para que dentro de él los mismos elementos puedan producir diferentes efectos energéticos.

Un sencillo ejemplo nos le puede ofrecer lo que conocemos como la *palanca*. El efecto de la fuerza que ejerce la potencia sobre la resistencia no depende de la materialidad de la potencia y la de la resistencia, tampoco de la materialidad de la palanca, sino de la distancia, mejor dicho, de la proporción de las distancias a que se encuentre el punto de apoyo de los respectivos puntos de aplicación de la potencia y de la resistencia. Si esto a pequeñas escalas resulta clarísimo e irrefutable, al menos según me lo enseñaban a mí cuando estudiaba física, ¿por qué no se va a poder aceptar a escalas supergalácticas, que es donde los astrofísicos de hoy están planteado el tema de la **materia oscura**? De aceptarlo de esta manera, la **materia oscura** se convierte en un componente material más del problema, el que resulta muy misterioso por la imposibilidad hasta ahora de detectarla físicamente, de encontrarla en el vacío que llamamos espacio, lo que resultaría una contradicción, pues entonces ya no sería tal vacío. Pero es que además, los elementos de que estaría constituido ese vacío, ese espacio puro, ese puñado de átomos de que ya han hablado algunos físicos, necesitarían de un vacío de fondo donde poder estar, el que a su vez habría de estar constituido por alguna clase de materialidad.

EL BOSÓN DE HIGGS

Par terminar de enredar esta cuestión que parece **tan oscura**, lo último aparecido ha sido el llamado Bosón de Higgs: *una partícula responsable de la masa de todas las demás*. ¿Cómo se interpreta esto? ¿Se trata sin más de un componente de las otras partículas o es la causa formal de que en ellas se actualice la masa? Sería algo así como cuando decimos de un fenómeno social que se ha *masificado*, que se ha extendido por toda la población o por alguna parte de ella de manera *masiva*. Sea como sea, en la física esta causa formal sólo puede tener dos explicaciones: una *espacial* o *analítica* y otra *temporal* o *sintética*. La espacial nos la puede ofrecer una buena *descripción*, la temporal una buena *narración*. En el primer caso, la ciencia permite recurrir a la *geometría*, en el segundo, a la *aritmética*. El problema está en este segundo caso, pues la temporalidad es imposible reducirla a la espacialidad, la que podía ofrecernos una fórmula fija en la que poder comprender perfectamente cualquier fenómeno físico.

La cuestión de fondo es muy sencilla, y yo creo que puede estar al alcance también de los alumnos de letras, pues nuestro lenguaje ordinario es letra y es música, es escritura y es lectura: la primera se hace en el espacio, la segunda en el tiempo; es descripción y es narración, lo mismo que los objetos de la física de que estamos hablando. Y han sido precisamente los físicos los que han pensado en la posibilidad de reducir lo *temporal* a lo *espacial*, y lo han pretendido con la introducción de ese extraño híbrido de la teoría de relatividad que se ha llamado el *espacio-tiempo*, que considera al tiempo como *la cuarta dimensión* del espacio. El hecho, sin embargo, es que el espacio y el tiempo son dos nociones distintas e irreductibles la una a la otra, al menos considerados desde lo que yo entiendo que puede ser una buena filosofía. Al menos desde que San Agustín (354-430)

dijo aquello tan inquietante sobre el tiempo: "Si nadie me pregunta qué es el tiempo, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé"

Nuestro olvidado filósofo catalán Jaime Balmes (1810-48) nos ha dejado esta brillante explicación de lo que es el tiempo y de la contradicción o del absurdo al que se aboca cuando se pretende entenderlo espacialmente; dicho de otra manera, entender lo *sucesivo*, el tiempo, de manera *simultánea*, como si fuera el espacio. Lo explica en estos términos tan sencillos: "Todo lo que es algo existe, y, sin embargo, el tiempo no lo encontraréis existente nunca. Su naturaleza se compone de instantes divisibles hasta el infinito, esencialmente sucesivos y, por tanto, incapaces de simultaneidad. Imaginad el instante más pequeño que queráis, ese instante no existe, porque se compone de otros infinitamente pequeños que no pueden existir juntos. Para concebir un tiempo existente es necesario concebirlo actual, y para esto es preciso sorprenderlo en un instante indivisible; mas éste ya no es tiempo, ya no envuelve sucesión, ya no es duración en que haya antes y después"(2)

El absurdo que se desprende de estas proposiciones de Balmes es que el tiempo sólo existe cuando no dura nada, es decir, cuando no es tiempo. Y aquí está la clave del problema: si la física consiguiese reducir la noción de tiempo a la noción de espacio, quedaría descartado todo dinamismo en los objetos de esta ciencia, y entonces quedaría descartado también que tuviese que apuntarse a alguna clase de *corrupción*, por no decir a alguna clase de *marrullería* para no quedar atascada.

Quizá el lector sencillo se encuentre un poco perplejo ante la opinión de un modesto filósofo en una cuestión que parece **tan oscura** y que está siendo objeto de la atención de los físicos más **iluminados**. Lo primero que he de decir es que estas propuestas que aquí se hacen y que pueden resultar extrañas a los físicos de hoy, no son ocurrencias que este autor acabe de improvisar, sino que son el resultado de un largo proceso que había comenzado hace bastantes años y que culminó en los primeros años setenta del siglo pasado, en el primer curso de filosofía en la Facultad de la Complutense de Madrid que había comenzado con cuarenta y dos años ya a mis espaldas. Fue cuando un día comprendí de golpe que el análisis no puede dar razón de las cosas.

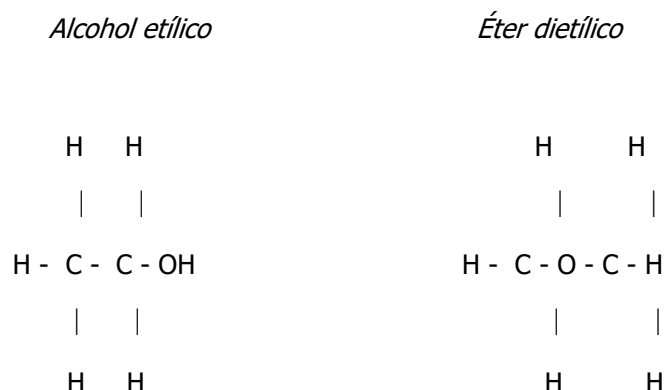
LEIBNIZ Y EL ANÁLISIS

Fue gracias a un texto de Leibniz (1646-1716) que el profesor nos propuso para comentar, de su libro *Monadología*. Comienza así: "La *Mónada*, de la que hablaremos aquí, no es otra cosa que una sustancia simple, que entra en los compuestos; simple, es decir, sin partes. Y es necesario que haya sustancias simples, ya que hay compuestos; porque lo compuesto no es otra cosa que una colección o *aggregatum* de simples". "Ahora bien, allí donde no hay partes, no hay ni extensión, ni figura ni divisibilidad posible. Y estas *Mónadas* son los verdaderos átomos de la Naturaleza y, en una palabra, los elementos de las cosas". Habría que añadir que en el mundo no hay más que *mónadas*, siendo además que, según el propio Leibniz: "Las *Mónadas* no tienen en modo alguno ventanas por las que algo pueda entrar o salir"(3)

La idea que Leibniz nos propone de realidad, la de que el análisis nos va a dar razón de todas las cosas, hoy nos puede resultar chocante, al menos en la radicalidad con la que este autor la entendió, con la pretensión de que la realidad la constituyen exclusivamente las partes por sí mismas, sin tener en cuenta las diversas relaciones, que son en las que pensamos que se da la verdadera realidad. Lo sorprendente es que hoy, después de tres siglos, la idea de análisis siga dominando en nuestra mentalidad, y eso que, hace casi dos siglos, ya algunos científicos muy destacados se vieron en la necesidad de rectificar. Hasta el año 1824, los químicos habían estado persuadidos de que las fórmulas empíricas les iban a dar razón de todas las sustancias, pues todo era cuestión de pesar y medir con las técnicas de mayor precisión. Y fue precisamente ese año cuando un químico llamado Liebig y otro llamado Wöhler estudiaron independientemente dos grupos de compuestos, el primero los *fulminatos*, el segundo los *cianatos*, y ambos mandaron sus trabajos a Gay-Lussac para que los publicara en una revista que dirigía. Entonces, Gay-Lussac observó que ambas sustancias tenían la misma fórmula empírica, pero las propiedades que describían los autores de los trabajos eran diferentes. Gay-Lussac se lo comunicó inmediatamente a Berzelius, a la sazón el químico más famoso del mundo, quien observó lo mismo en otras sustancias que él estaba estudiando, y les dio a todas el nombre genérico de *isómeros* (de *issos* = mismo, y *meros* = parte, que tienen las mismas partes). La consecuencia fue que el sueño de los químicos de dar razón de todas las sustancias mediante fórmulas empíricas quedaba roto, lo que es tanto como decir que quedaba roto el sueño de dar razón de todas las sustancias a partir de su análisis, es decir, exclusivamente a partir de los elementos materiales primarios de que están compuestas.

El hecho constatado era así de simple: que entre dos *isómeros* no hay diferencia cuantitativa o material alguna, pero si las hay cualitativas. La consecuencia racional es que sus diferencias cualitativas no se pueden atribuir

sólo a la *materia*, que es la misma, sino que hay que recurrir a la *forma*, que ha de ser diferente, aquella en que sus elementos están relacionados, lo que constituye su verdadera realidad, lo que produce energías diferentes o cualidades diferentes de energía. Un ejemplo muy sencillo podía ser el alcohol etílico y el éter dietílico. La fórmula empírica de ambas sustancias es la misma, C_2H_6O , pero las fórmulas desarrolladas de cada una son distintas:



Los químicos han resumido todo esto distinguiendo entre *mezcla* y *combinación*. La mezcla es la reunión *amorfa* de los elementos, mientras que la combinación ya sería una reunión *estructurada*. Así, la fórmula *empírica* no pasa de dar razón de la *mezcla*, mientras que la *desarrollada* nos la da de su *combinación*.

Si se me permite y para que los que se consideren alumnos de letras lo puedan entender, vamos a poner como modelo un ejemplo literario muy sencillo. Hay que empezar por decir que en nuestra escritura la *isomería* es moneda corriente, tanto a nivel de sílabas como de palabras como de frases: "res" y "ser" son isómeros como sílabas y como palabras; igualmente lo son las palabras "toma" y "mato", también las frases "en este bosque no hay un solo hombre" y "en este bosque no hay un hombre sólo". La materialidad en los tres casos es la misma, pero el mensaje tanto en las palabras como en las frases es muy diferente. La razón de esta diferencia, al igual que en los isómeros de la química, no se puede encontrar en la materia, que es la misma, sino en la forma, que es distinta. ¿Necesitamos que esta forma, la que en la escritura permite los diferentes órdenes, tenga alguna clase de materialidad? Una mentalidad sintética no lo necesita.

Mas permítaseme ilustrar el tema con otro ejemplo aún más al alcance de la gran mayoría. Todos sabemos lo que es un equipo de fútbol. Su materia son los once jugadores que en cada partido saltan al campo. Si la energía, la capacidad de juego y su eficacia para marcar goles dependiese sólo de la materia, con saltar al campo y moverse de cualquier manera, se ganarían o se perderían todos los partidos. Sin embargo, el juego consiste precisamente en moverse de manera que cada jugador encuentre el sitio desde donde ser más eficaz en el control y en el pase de la pelota. En otras palabras, la energía que les lleva al éxito la encuentran en la relación *dinámica* más adecuada entre los jugadores. Esto es lo que un conocido entrenador ha llamado "el fútbol total". Por esta razón, es tan importante la figura del entrenador, que es el que con sus tácticas y sus enseñanzas *actualiza* en el juego la energía *potencial* que los jugadores tienen antes de saltar al campo. Entonces, bien se puede decir que es falso el principio físico de que la energía ni se crea ni se destruye, pues en este caso es evidente que la energía se crea, también que se puede destruir, en especial y a ser posible la del equipo contrario.

Claro que, sin darnos cuenta, nos las estamos viendo con un nuevo factor, el tiempo, el que permite que la dinámica pueda producir los más variados y aún inesperados efectos. En el equipo de fútbol, esto es evidente, pero también lo es en el lenguaje ordinario, pues el diferente significado de las mismas palabras lo descubrimos mejor al oído que a la vista, mejor cuando lo leemos que cuando simplemente lo vemos. La escritura se fija en el espacio, mientras que la lectura se desarrolla en el tiempo. Entonces, lo mismo que habría que exigir al espacio alguna clase de materialidad para justificar los diferentes efectos que producen los diferentes órdenes de los mismos elementos que están en él, habría que exigírsela al tiempo para justificar el diferente significado de las mismas palabras en los diferentes órdenes de sucesión. Claro que los químicos también han recurrido al tiempo para explicar la isomería, pues no se han limitado a las fórmulas fijas desarrolladas en el espacio, las que explican los *isómeros* como entes inmóviles, sino que han tratado de dar razón de su dinamismo en los *tautómeros*, isómeros que espontáneamente, modificando el intercambio de enlaces, se convierten en una molécula distinta.

Sólo terminar este epígrafe anotando que el modelo analítico que propone Leibniz no sirve para dar razón de la realidad, y no sirve en la medida en que la realidad es dinámica o temporal, lo sería si se pudiese reducir a lo estático o espacial. La conclusión general es que la *corrupción* ha sido necesaria y seguirá siéndolo para que en este punto la ciencia haya podido progresar.

EN LA BIOLOGÍA

La historia de la biología, lo mismo que la de la física, está llena de episodios de *corrupción*, los que culminaron en el siglo XIX con el célebre libro de Charles Darwin *El origen de las especies por selección natural* (año 1859). En este caso, el gran muro para que de manera natural se fuese progresando en esta ciencia estuvo en la cultura judeocristiana que nos ha dominado en Occidente, la que ha encontrado en el creacionismo mítico del Antiguo Testamento el punto de apoyo sobre el que hacer pivotar todo su saber en torno al origen de la vida. Es claro que a construir este inexpugnable muro ha contribuido de manera decisiva el haber transformado a esta cultura desde los primeros momentos en una religión, peor aún, en una institución religiosa.



Hay que empezar por decir que lo más asombroso que se ha producido sobre la Tierra ha sido el hecho de la vida, y lo que hoy constituye uno de los grandes enigmas es la manera cómo se originó, mucho más cuál pueda ser en el futuro la salida que le aguarda, si es que la hay, por supuesto, que no sea la de su pura destrucción. Lo cierto es que, aunque hoy sabemos mucho sobre la vida, sin embargo tenemos una dificultad de raíz para hacernos con ella de forma consistente, y es que no hay manera de hacerla que responda al principio de identidad, el más elemental de los principios lógicos, el que nos permitiría razonar con un mínimo de consistencia básica. Si se echa una ojeada general a todos los seres vivos que hasta ahora se han podido poner a nuestro alcance, lo primero que se observa es un dinamismo imparable, lo que exige a su vez un dinamismo también imparable de nuestro entendimiento, lo que es tanto como decir una *corrupción* constante en nuestra manera de afrontar el conocimiento sobre la vida.

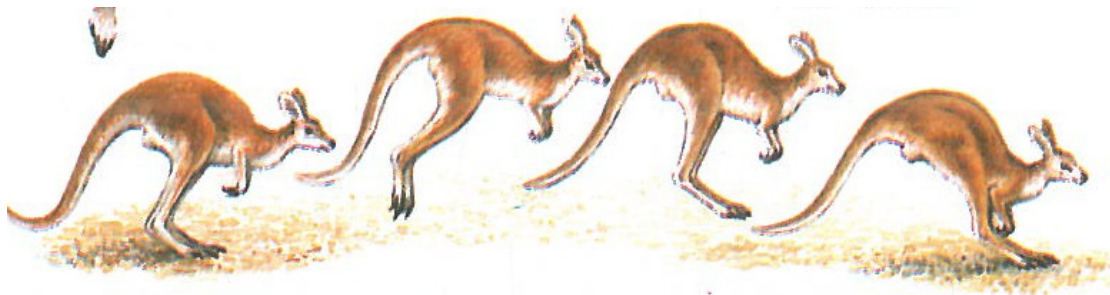
En efecto, a poco que la observemos con un mínimo de atención, la primera evidencia que se nos ofrece es que en ella se da una *corrupción* de lo más generalizado: después de los cientos de millones de años que han pasado desde que se supone que apareció la vida sobre nuestro sufrido planeta, después de miles y miles de experiencias individuales y colectivas de la vida, lo único que se nos ofrece claro son miles y miles formas de vida diferentes, bien que todas participando de algo que parece común, lo que entendemos por vida, algo que no tienen los seres del mundo inanimado. Sin embargo, lo que sea la vida en sí misma es algo que hasta ahora nadie ha podido desvelar. Lo único que podemos afirmar con alguna certeza es que la vida es algo que no ha sido capaz de conseguir un estado inmóvil o al menos que se esté quieto ni siquiera mientras le hacemos la foto, según se suele decir hoy. Esto en realidad ocurre en todos los seres del Universo, incluidos los inanimados como suponemos que son los estelares, por ejemplo, bien que en éstos el movimiento se da en unos parámetros de temporalidad tan vastos que nos parecen inmóviles, y esto entendido el movimiento como cambio, no como desplazamiento. No ocurre así en el caso de los seres vivos, que están más a nuestro alcance. En el mundo de lo que llamamos inanimado, del que se ocupa la física, también hay un cierto dinamismo, el que se ha tratado de comprender en los principios de incertidumbre y de indeterminación de Werner Heisenberg (año 1925). En los hechos de la vida, como dinámicos evidentes que son, también se da la incertidumbre y la indeterminación, bien que en grados mucho mayores, tanto que fácilmente pensamos que su realidad no se la da el espacio, sino el tiempo, llegándose a pensar que éste constituye su esencia.

DE LA EVOLUCIÓN A LA SUPERACIÓN

Lo que más nos importa por ahora es que todos los seres, tanto los del mundo animado como los del inanimado, están heridos de un dinamismo tal que hasta hoy nadie ha sido capaz de hacerlos responder a una fórmula

geométrica, ni siquiera a un algoritmo, de manera especial en lo que se refiere a la vida, que no hay manera de fijarla, de hacerla responder al principio de *identidad*, aunque nada más fuese la vida humana, la que tenemos más a nuestro alcance. Por ejemplo, está aún por fijar de manera precisa e inequívoca cuál fue el momento en el que del *antropoide* se saltó sustancialmente al *homínido* y después al *hombre*. Y digo *saltó*, que no es lo mismo que *evolució*. Por esto yo he anotado que, en lugar de *evolución*, debería hablarse de *superación*. En efecto, por evolución no es concebible que de un mono se pueda pasar a un hombre, y esto aunque propongamos miles y miles de eslabones intermedios, pues se daría la contradicción de que cada uno que sigue habría de ser superior al que precede, lo que echaría por tierra el principio de causalidad en lo que se refiere a que el efecto nunca puede ser superior a la causa. Esto exige que, además de lo que precede, el mono en este caso, habría de añadirse un *plus*, que es lo que podría justificar la superación evidente que se produce al aparecer el homínido primero, o los diferentes homínidos, y después el hombre. Debe quedar bien sentado, sin embargo, que de ninguna manera pretendemos justificar esta *superación* mediante una causa mística tal como han pretendido ciertas religiones, con la intervención de alguna divinidad, lo que sería inaceptable en lo que pretendemos que sea una ciencia honesta y con un mínimo de rigor.

Nosotros hemos entendido y entendemos la *superación* por efecto de una nueva *conjunción* que se produce en cada paso. Esto quiere decir que el efecto no depende sólo de las *unidades parte* que se unen, lo que sería una explicación analítica o materialista del hecho, que es en la que hoy se encuentra estancada generalmente la ciencia, sino de la *unidad conjunción* o la *forma* en que se unen, que nunca podrá ser única en cuanto haya un mínimo de complejidad en las *unidades parte*. Recordemos lo dicho sobre los isómeros en el epígrafe anterior. En efecto, esto que de manera tan sencilla hemos comprendido en la molécula, se puede aplicar a todas las cosas, pues con los mismos elementos los efectos pueden ser muy distintos, incluso muy superiores, dependiendo de la *conjunción* que se consiga en cada caso, que es la causa que puede producir los efectos más variados y sorprendentes. Hemos pasado de la causa física, la que nos puede dar el *análisis*, a la causa metafísica, que es la que nos puede dar la *síntesis*. Esto nos lleva a una distinción que para la filosofía que aquí seguimos es fundamental: las *unidades parte* y la *unidad conjunción*. Esta filosofía, en el terreno práctico, es la que realmente todos solemos seguir. Un ejemplo tan sencillo como tonto: todos normalmente utilizamos para los pies calcetines y zapatos, pero a nadie se le ocurre calzarse primero los zapatos y después ponerse los calcetines, pues se trata de una *conjunción* cuyos efectos no serían los deseados, aparte de la dificultad física para realizarlo así.



Entonces, me parece que ha de quedar bien sentado que el paso de una especie biológica a otra no puede ser un simple *paso*, sino que ha de ser un *salto*, lo que nosotros llamamos una *superación*. Pues bien, referido al hombre, del salto sustancial que suponemos se produjo en el África central hace unos dos millones de años, el que dio lugar a los homínidos, hubieron de pasar varios cientos de miles hasta que se produjo el hombre actual, el que podemos considerar como hombre pleno hoy, el llamado *homo sapiens*, el que se ha hecho tan *sapiens* que parece estar dispuesto a acabar con la vida sobre la Tierra en no muchas décadas, lo que ya le convertiría en el *homo stultus*. Es claro, sin embargo, que decir hombre pleno tampoco es precisar demasiado, pues todavía hay enormes diferencias *de facto*, por no decir de derecho, entre unos hombres y otros, lo que modernamente se ha tratado de superar con la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, los que afectan a todo ser vivo nacido de mujer. Entre nosotros, no faltan los que pretenden aplicar esos derechos también a los nonatos, los hay que incluso exigen que sea desde el momento mismo de la fecundación.

Esto es lo que suponemos que está escrito en la naturaleza, que se desvive, nunca mejor dicho, por perpetuar la vida con unos recursos superabundantísimos, prácticamente sin límite, por no decir a lo bruto a veces, pues su apuesta definitiva es por la procreación, desentendiéndose con mucha frecuencia del individuo, en este caso del humano, al margen de ella se entiende. Aunque nada más sea en el aspecto, fijémonos en esas bellas cria-

turas que son las mujeres jóvenes o los varones jóvenes, y el espectáculo deprimente a veces en que se convierte la gente mayor. Así, bien se puede decir que la vida de cada hombre y la de todos en general, es una lucha sin cuartel contra la naturaleza, lo que se traduce en una lucha de unas especies contra otras, pues es evidente que en principio no hay especie alguna que *a priori* se pueda considerar privilegiada. Así, no hay más privilegio que el que cada especie o cada individuo de ésta se pueda arbitrar para conseguir la supervivencia inmediata primero, y la procreación después. Es evidente que éstas no se consiguen sencillamente aplicando las leyes de la naturaleza, que están llenas de contradicciones, sino aplicando el ingenio, que es el único que puede mantenernos ventajosamente montados y en las condiciones que más nos interesan. ¿Y el ingenio qué otra cosa es, sino una habilidad para la *corrupción* de las leyes, para evitar que causen de manera necesaria? Pero aquí no nos referimos sólo a las leyes que podemos considerar de la naturaleza, sino también a las que el propio hombre se ha dado como ser político y social, de manera más genérica como ser cultural.

EL LENGUAJE

Vamos a fijarnos ahora en algo tan sustancial de la cultura humana como el lenguaje, el instrumento más eficaz que hemos inventado para la comunicación, el que nos hace superiores al resto de las especies vivas, aunque no tan superiores con respecto a los otros individuos de nuestra propia especie, por no decir de nuestra propia calaña. En efecto, a poco que se reflexione, al instante se descubre que, si utilizamos el lenguaje con la única función de *comunicar*, pronto nos podemos encontrar en la más desnuda indefensión, lo que va a exigir que aprendamos a utilizarlo también con otras dos funciones contradictorias, la de *incomunicar* y la de *defenderse del efecto comunicador*. ¿Y éstas no son dos formas de *corrupción* del lenguaje? A esto hay que añadir que se trata de una corrupción que también ejercen los animales y aún las plantas. Permítaseme que aquí no me resista a proponer un ejemplo que acabo de ver en un documental marino de la televisión: un pez llamado *cometa*, que para su defensa es capaz de disfrazarse y aparecer como otro pez temible para él llamado *morena*. Cuando lo vi, acabé sonrojándome, pues mi orgullo como hombre quedó muy malparado y mi autoestima como ser cultural por los suelos, ya que, contra lo que a mí siempre me habían contado, el teatro no lo inventaron los griegos, ni siquiera los hombres, pues estos peces son muy anteriores a éstos.

La última consideración que se me ocurre con respecto a las leyes de la biología es que, si dejamos libre a la naturaleza de manera que campe por sus respetos, es muy posible que ya se hubiese quedado sin futuro, pues las contradicciones a que habría llegado fácilmente hubiesen resultado destructivas e irreversibles. Con respecto a las plantas y a los animales en general esto resulta evidente. Con respecto a la especie humana, su éxito sobre el sufrido planeta Tierra, su conducta sin control, es evidente que no tardará mucho en acabar con ella. Entonces, la única esperanza que nos queda es la *corrupción* de que seamos capaces, comenzando por el control de la natalidad. Yo creo que espectáculos como el que en los años 2011 y 2012 se han producido en lugares como Somalia, con doscientos cincuenta mil muertes por hambre, según lo que se ha publicado, han de ser un buen argumento para reflexionar. El sufrimiento de todas estas criaturas, el terrible sufrimiento, el evitarlo, justifica que no se siga de una manera tan servil los dictámenes de la naturaleza para poner el proceso de la procreación a todo galope y sin cortapisa alguna. Hay gente que ha optado personalmente por el control de la natalidad renunciando a toda práctica sexual, lo que ha compensado con otras motivaciones de carácter más o menos místico, sin embargo, una exigencia generalizada me parece de lo más cruel, pues la inclinación o el atractivo gozoso del otro sexo, o del propio en el caso de los homosexuales, es algo que la mayoría de las personas no puede evitar sin caer en una dañina frustración.

NADA HAY MÁS CORRUPTO QUE LA PROPIA NATURALEZA

Cuando hablamos de la naturaleza, nos referimos a ella como a un sujeto activo y responsable de todo lo que ocurre, se entiende más allá de las posibilidades de la acción humana, de la *corrupción* por supuesto, mas no sólo en lo que respecta al mundo biológico o animado, sino también al físico o inanimado. Cuando hemos hablado de la física, hemos visto la imposibilidad de establecer leyes consistentes a las que respondan de manera absoluta todos los hechos del mundo inanimado. Es claro que habría que distinguir entre la incapacidad del científico para establecer dichas leyes y la incapacidad de la propia naturaleza para hacer que sus objetos respondan a las que ella misma suponemos que debería haber establecido. Mas lo primero que deberíamos aclarar es si esas leyes seguras de la naturaleza existen o, por el contrario, no existen, mejor dicho, no pueden existir. Y aquí está, creo yo, el nudo gordiano de la cuestión, pues de existir esas leyes se produciría en origen una determinación tan cerrada que haría imposible un futuro que realmente fuese tal. ¿Es que no ocurre lo mismo con las leyes humanas, las que pretenden organizar las sociedades? Unas leyes cerradas y definitivas

son las que pretenden imponer las dictaduras, las que conducen a la paralización y a la muerte. Esto es lo que nos dice hoy la mejor ciencia política y social.

Sin embargo, las mitologías de todas las clases y tiempos entienden que esas leyes inteligentísimas existen, sólo que no están en las cosas, sino en la voluntad de esos entes misteriosos a los que denominan dioses. Con este plumaje mítico, las religiones, que se han apoderado de esos dioses, han hecho su agosto, pues ante la gente más crédula se proponen a sí mismas como intermediarios naturales autorizados para llegar a su voluntad, incluso para influir en ellos a fin de que las cosas sucedan a favor de los que se dicen sus fieles, de los más crédulos, de los más pertinaces en ponerse en trance místico y con los ojos en blanco mirando al techo para pedir y pedir con toda insistencia hasta dejar rendidos a esos dioses. Esta rebaba mística corresponde al saber que se llama teología, que carece de un objeto físico de referencia al que se pudiera acceder para comprobar con algún viso de verdad objetiva las proposiciones que enuncia. Tampoco le hace falta, pues la teología más bien atiende a la voluntad y al poder de los dioses, o de Dios, para que las cosas ocurran de una determinada manera. Claro que hay que decir que en la práctica las cosas no son así de redondas, pues esos dioses o ese Dios en el que la gente tanto confía, con mucha frecuencia les da la espantada y no aparece cuando más se le necesita.

En el mundo físico de lo cercano, de lo que podemos tener al alcance de los sentidos, parece que la ciencia se ha erigido en protagonista, desplazando a los dioses y quedando éstos a lo sumo como un residuo cultural en las mentes más escuálidas, como algo más afectivo que racional. Sin embargo, a niveles que desbordan con mucho la capacidad de percepción del hombre, más aún de su actuación, la teología parece que aún se puede reservar alguna parcela de saber, lo que es tanto como decir de poder. Pensemos en la astronomía, por ejemplo: ¿quién ha ideado las leyes que gobiernan los grandes cuerpos celestes, las que permiten que éstos se mantengan en unas órbitas que resulten razonablemente seguras, al menos de momento? Y en este "de momento" está la clave, pues la ciencia actual acepta que el universo mundo no es eterno, sino que tiene una historia, lo que le conduce a un dinamismo que hace imposible una ley que nos permita predecir con absoluta seguridad cuál va a ser el estado en cada momento de todos y de cada uno de los astros, sino que nos hemos conformado con la modestia de una certeza estadística. No pensaba así Pierre-Simón Laplace (1749-1827), quien estuvo persuadido de que era posible una fórmula matemática capaz de precisar el estado de todos los astros y aún de todas las cosas en cada momento y, por tanto, de predecir con la más absoluta seguridad cualquier situación. Estas son sus palabras, citadas en muchos manuales: "*Se podría imaginar un entendimiento que en cualquier momento dado conociera todas las fuerzas que mueven la naturaleza y las posiciones de los seres que la componen; si este entendimiento fuera suficientemente amplio como para someter los datos a análisis, podría resumir en una simple fórmula el movimiento de los grandes cuerpos del universo y del átomo más pequeño; para tal entendimiento nada podría ser incierto, y el futuro así como el pasado estarían presentes a sus ojos*".

Siendo así, de acuerdo con lo que aquí nos importa, la corrupción resulta imposible, lo que es tanto como decir que la intervención de alguna voluntad, como puede ser la de un supuesto Dios, por irnos ya al monoteísmo, no tendría sentido. Si todo se va a producir de manera necesaria, los dioses no pintan nada en esta historia; sí lo pintarían en el caso de que se admita alguna contingencia, alguna clase de dinamismo en la mente de esos seres, lo que permitiría hacer intervenir a su voluntad. Claro que, después, habría que contar con el fantástico poder físico que haría falta para intervenir de manera eficaz modificando el curso de los astros, de los acontecimientos del Universo en general.

Uno de los problemas más arduos con que se han enfrentado los filósofos de la naturaleza, lo que es tanto como decir todos los estudiosos de la ciencia física, es el de la finalidad. ¿Existe alguna finalidad previa que nos permita comprender el horizonte al que todas las cosas deberían tender? Hoy la ciencia se inclina por que no, ni siquiera en la biología, que es el campo que más podríamos entender y que más nos podría motivar. Y aquí es donde me parece que la naturaleza muestra su cara más canalla, por no decir más tramposa y *corrupta*. Ningún ser vivo se puede considerar perfecto, el hombre el que menos o uno de los que menos, de manera especial por el hecho de haberse convertido en el más complejo, tanto que está ejerciendo como ningún otro ser vivo la facultad más conflictiva, la voluntad. Si el mundo fuese ideal, sería perfecto o espacial y cabría en una fórmula como la que proponía Laplace, pero el mundo no es perfecto, lo que quiere decir que es temporal, luego es imprevisible en sus hechos y, por tanto, exige rectificaciones sin fin, lo que ya es la fuente de una interminable *corrupción*.

A poco que observemos, fácilmente nos encontramos con que en todo lo que se refiere a la biología está instalada la corrupción. Bien se puede decir que unos seres vivos son más imperfectos que otros, aunque todos tienden a la perfección, sin embargo, la única que pueden alcanzar es la perfección dinámica o temporal, que es

bastante imperfecta, nunca la espacial o inmóvil, que sería la perfecta. Esto exige que la *corrupción* tenga que estar permanentemente al acecho, una especie de servicio de limpieza a fin de evitar que la naturaleza se atasque, que se bloquee, que se pudra. Los microbios de la descomposición constituyen un elemento esencial. Gracias a estos microbios, cualquier ser vivo acabará descomponiéndose, lo que va a permitir que sus componentes puedan volver a la cadena biológica y que sea posible la composición de otros seres vivos. De no ser así, de no haberse podido producir esta permanente renovación, la vida ya sería imposible, si es que hubiese podido comenzar.

1) Ver: JULIÁN SANZ PASCUAL, *La cuarta dimensión, la ciencia del espacio y de tiempo*, Chiado Editorial, Lisboa 2013, p. 161.

2) JAIME BALMES, *Filosofía fundamental*, BAC, Madrid 1963, pp. 500-1.

3) LEIBNIZ, *Monadología*, Editorial Alhambra, Madrid 1986, pp. 27-8.

Los dibujos son de *El gran libro de consulta EL PAÍS*, EL PAÍS-ALTEA, Madrid 1995.